

## Del "Monte Umbe" al Pico del Teide

POR ANGEL DE SOPEÑA Y ORUETA

El anuncio de un sugestivo crucero marítimo hacia el sur atlántico —salida de Bilbao el 23 de agosto con escala, entre otros puntos, en las Islas Canarias— hízome ver la oportunidad de una posible ascensión al Teide —pieza importante que faltaba en mi colección— y me decidí a tomar pasaje en el «Umbe», matando así —como suele decirse— dos pájaros de un tiro.

Llegados a Las Palmas de Gran Canaria el día 30 de agosto, para ganar tiempo, hube de tomar el avión que del aeródromo de Gando sale para Tenerife a las 5,30 de la tarde, tomando tierra en Los Rodeos (Tenerife) media hora después.

Un taxi me traslada a La Orotava. La carretera discurre, en la casi totalidad del trayecto, entre vides y platanares. Llegados a la Villa me ocupo en contratar el guía (Pedro González Salazar) y comprometer el auto para el día siguiente. Con dificultad, me hospedo en el Hotel Monopol, todo lleno de extranjeros.

Y a las 7 en punto de la mañana del día 31 salía por carretera (todas son magníficas en esta isla afortunada) a través del esplendoroso vergel del llamado Valle de la Orotava. Llegados al Circo de las Cañadas (2.200 m.), la transición es brusca; ya no queda aquí otro vestigio de vegetación que arbustos de retama esparcidos entre las rocas basálticas que bordean las arenosas y abundantes hoyadas.

En el kilómetro 40, aproximadamente, una pancarta indica la salida de la pista que, bordeando la *Montaña Blanca*, se desarrolla en unos 3 kms. de recorrido. En su final queda el coche, y, pie a tierra, nos disponemos a escalar el Pico. Son las 8,35 de la mañana.

La senda del trayecto a seguir, más que senda, es un camino de herradura sembrado de piedra pómez y arena, lo que hace que el piso, inestable, resulte bastante molesto.

El trazado se desarrolla en múltiple zig-zag, sin otra perspectiva que la monótona y áspera pendiente del llamado *Lomo Tieso*. La inclinada pendiente en que estamos metidos nos impide la visión de la blanca silueta del Refugio; lo que sí puede verse es la bandera que la brisa agita sobre el mástil colocado al borde de la plataforma, y que —como un engaño— semeja ascender también manteniendo la distancia con nosotros.

Son las 9,50 cuando llegamos al «Refugio de Alta Vista» (3.260 m.), reconstruído y modernizado recientemente. Es tal el confort de sus instalaciones, que no

hay duda en calificarlo como el mejor albergue de Alta Montaña existente hoy en Europa. Basta saber que el Cabildo Insular de Tenerife se ha gastado en la obra muy cerca de los tres millones de pesetas. La impresión que uno recibe al entrar en el *hall*, con sus cómodas butacas, es de hallarse en un Parador de carretera. Dispone de 36 camas, distribuidas en tres habitaciones; un acogedor comedor, y... barra de «bar» provista de altas banquetas tapizadas de rojo. Para ser completo no le falta más que sustituir las actuales lámparas de gasolina por alumbrado eléctrico.

Isaac Dorta y su esposa, vecinos de La Orotava, son los amables guardianes que lo atienden, de mayo a octubre.

Saludo a dos alpinistas ingleses que habían subido la vispera a pernoctar en el Refugio, y se disponen a descender. Uno de ellos se ha dejado crecer una barba rubita, tipo «existencialista».

Después de tomar un descanso y un bocadillo reemprendemos la marcha. Pasada la *Rambleta*, ya al pie del *Pilón de Azúcar*, vengo a sentir por un momento los efectos de la altura, una sensación como de mareo; una breve parada, y me recupero prestamente. (Esto me recuerda que hace ya bastante tiempo... que cumplí los treinta).

Ya las *Narices del Teide* dejan oír el rumor de sus significativos resoplidos, mientras las nuestras acusan su desagradable aliento.

Un empinado repecho, y abordamos el cráter del Teide. Se cruza éste entre fumarolas en acción intermitente y seguidamente pisamos la altiva cima del gran PICO DEL TEIDE (3.707 m.) en el mismo borde del cráter. La temperatura, con airecillo fresco, es agradable.

El cráter es de forma elíptica, bastante alargada, con un desarrollo aproximado de 100 metros longitud por 60 de ancho. Hállase sembrado de múltiples grietas —a modo de válvulas— por las que se escapan los gases volcánicos a temperaturas tan altas que fácilmente prenden en llamas los papeles que se pongan a su contacto.

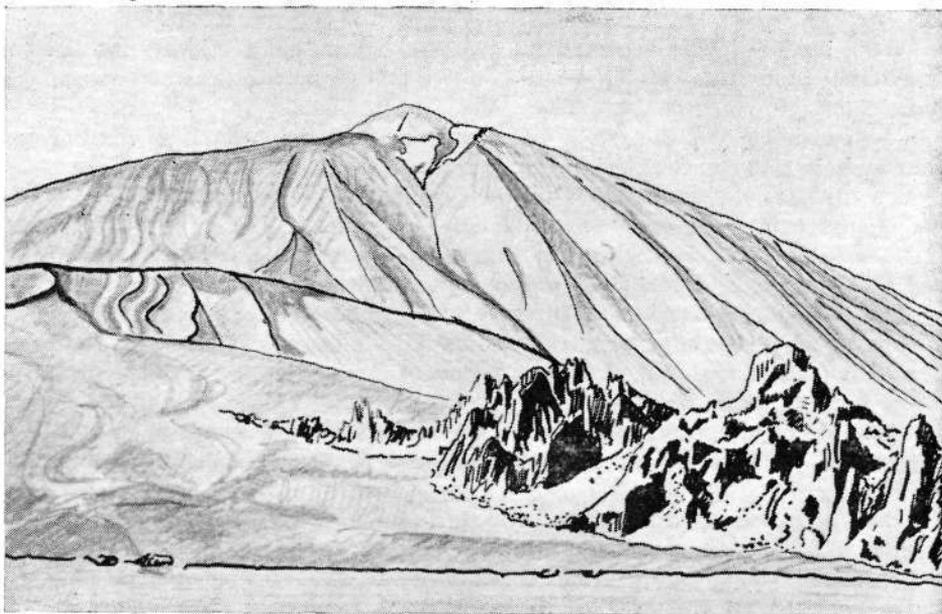
Sorprende que en cima tan importante no exista buzón o recipiente que haga sus veces. En una grieta de la torreta de mampostería que lo corona, dejo mi tarjeta.

El horizonte queda limitado por una masa de nieblas bajas que circunda la costa de la isla, y que impide la visión sobre las restantes islas del archipiélago canario. Mala suerte.

Por el sur y sudeste se abren los llanos de *Ucanca* dominados por la barrera del cordal de *Guájara* (2.694 m.), la segunda altura de la Isla.

He ascendido a bastantes «tresmiles» y también algún «cuatromil», pero la sensación que produce esta montaña volcánica —en estado aún latente— es distinta y verdaderamente impresionante. En verdad, aquí se hace realidad el dicho aquel empleado cuando un peligro inminente nos acecha: «estamos sobre un volcán». Y el ánimo más templado no escapa a la inquietud ante el espectáculo lunar entre vapores producidos por la respiración del monstruo durmiente, que en cualquier instante puede tener un violento despertar. (Su última actividad data del año 1909).

Prueba fehaciente de tales actividades está en la naturaleza de la propia montaña que acabamos de ascender, constituida por los escombros y derrames de lava incandescente que quedó petrificada en costrones, formando esas ingen-



*El Teide visto desde Ucanca.*

tes masas vítreas de tono oscuro (escoria de fundición) o la esponjosa piedra pómez, en sus diversas tonalidades: ocre, amarillo, blanco... Toda la montaña es un caos, que, por el momento (gracias a Dios), se limita a exhibir el tenue penacho de sus fumarolas, como advertencia del poder destructivo que encierra en sus ardientes entrañas.

Hemos pasado en la cima veinte minutos con la esperanza de una descubierta, que no ha llegado, soportando las desagradables tufetadas lanzadas por un «incensario» vecino.

En una hora escasa hacemos el descenso hasta «Alta Vista», no sin curiosar la llamada *Cueva del Hielo*, donde se conserva la única nieve que hay en esta montaña. Una escala metálica da acceso al fondo.

Como Isaac no esperaba tan pronto nuestro regreso, hemos de esperar a que la patrona del Albergue nos prepare un sabroso potaje.

A las dos de la tarde proseguimos el descenso. Y tomando muchas veces la línea recta, cortando las abundantes lazadas que forma el camino, vamos deslizándonos a saltos por pedreras y arenales, de suerte que nos bastan 35 minutos para volver al punto de partida de esta mañana, junto al taxi que nos trajo.

Con verdadero gusto cogemos el asiento, no sin antes sacudirnos del abundante polvillo y arena del Teide embarcados en nuestros zapatos.

Dicen los historiadores que el caudillo moro Almanzor, victorioso en tantas batallas, acostumbraba a guardar en un cofre el polvo de sus batallas. Esto me sugiere que si los montañeros siguiésemos el ejemplo del gran caudillo, a buen seguro que con la acumulación lograda —polvo y... barro— en el transcurso de una vida dedicada al noble y rudo afán de escalar montañas, considero que hoy

—en mi retiro— hubiese acumulado suficiente tierra para cultivar un discreto huertecito circundado de lindas flores. El cofre del moro queda desechado, por insuficiente.

La excursión al Teide quedó complementada con un bello recorrido turístico siguiendo la alta carretera cumbreña —sobre los 2.000 m.— que va desde Las Cañadas a Monte Esperanza, pasando al pie del Observatorio Sismográfico y Meteorológico emplazado en el monte Izaña.

Desde aquí contemplo por vez última la silueta de «gran pico», piramidal, del *CHEYDE* de los guanches, excelso vigía sobre el Atlántico.

La temperatura asciende notablemente a medida que perdemos altura. Llegamos a la universitaria y blasonada ciudad de La Laguna. Visita a la Catedral, donde fue bautizado el P. Anchieta, evangelizador del Brasil; también pude conocer —en el jardín del Seminario— el famoso árbol milenario, llamado drago, del jugo de cuya corteza se servían los indígenas para practicar el embalsamamiento de los muertos. En el pueblo de Icod se encuentra otro ejemplar semejante.

Nos aproximamos a la gran ciudad de Tenerife. Antes de descender para entrar en ella, merece ser contemplada esta población llena de luz, que se extiende en suave declive hasta el mar y puerto de La Cruz. Instintivamente mi vista se va hacia los muelles tratando de identificar, entre los grandes buques, la elegante y fina silueta de «mi» Hotel flotante, dejado en Las Palmas. Lo localizo con satisfacción.

Me queda aún una visita. Es a la Parroquia de la Concepción, donde saludo al bilbaíno P. Equirraun, párroco de la misma. En esta iglesia se conservan las banderas tomadas a los ingleses en su intento de desembarco (año 1797), en cuya acción el almirante Nelson perdió un brazo.

Y a las 5 de la tarde un viejo alpinista —convertido en «volcanero», como dicen los mexicanos— trepaba feliz por la escala del «Monte Umbe» tarareando la popular copla de «Marina»: «Dichoso aquel que tiene...».

Septiembre de 1960.

NOTA.—Por informes recogidos en Tenerife sabemos que el Cabildo Insular proyecta la ejecución inmediata de un transportador teleférico a la cima del Teide.

Los montañeros españoles —a través de la F.E.M.— hemos de hacer todo lo necesario para que semejante intento no llegue a consumarse.

Bien está todo lo que se haga por facilitar la aproximación a la montaña. Pero el disfrute de las altas cimas —como los «altos puestos»— hay que ganar por propios méritos y medios naturales. Otra cosa, sería destruir el principio moral y deportivo del *montañismo*, escuela de la vida.